

UN PANFLETO Y UN IMPULSO

A Juanita, la menor de siete hermanos, cuando era niña no le gustaba ir a la iglesia. Ella vivía en una pobre granja en los Apalaches, en el Estado de Virginia Occidental.

Su madre la obligaba a caminar seis kilómetros para ir y volver de la escuela dominical en el verano. Durante el invierno, la intensa nieve hacía imposible la caminata.

“Realmente no queríamos ir –explica Juanita–. Los demás niños se burlaban de nosotros porque ellos iban en automóvil y nosotros teníamos que caminar. No me gustaba mucho pensar en la iglesia”.

Ella nunca vio una Biblia en su casa, pues sus padres, que no sabían leer ni escribir, mostraban poco interés por la religión, aunque decían que habían sido “bautizados y salvados” en una iglesia cerca de la montaña. Juanita describe su infancia como “horrible”. Su padre había sido soldado antes de convertirse en granjero y permitía que varios hombres vivieran en la granja, algunos de ellos abusivos.

“Fue horrible –dice Juanita–. Nunca disfruté de mi niñez. No deseo regresar ni de visita. Cada vez que considero ir a la granja, pienso: ‘No y no’”.

Al llegar a la adultez, Juanita se casó y se divorció dos veces. A ella le gustaba tomar y vivió con varios de sus novios. Tuvo dos niñas y varios empleos. En una ocasión en que sus hijas le pidieron que fueran a la iglesia, ella les contestó de mala gana:

–No soy hipócrita. No me iré de fiesta toda la noche para luego levantarme en la mañana e ir a la iglesia.

Un día, Juanita abrió su buzón y encontró un panfleto invitándola a unos seminarios de las profecías de Apocalipsis. Antes había recibido materiales religiosos a través del correo, pero aquel panfleto tenía algo diferente. Sintió un irresistible deseo de asistir a los seminarios.

“Era como si alguien estuviera detrás de mí, empujándome a ir –dice ella–. Nunca había sentido algo así. Algo me impulsaba a ir. Así que, decidí hacerlo”.

Ella hoy cree firmemente que el Espíritu Santo fue el que la impulsó.

Juanita se presentó la noche inaugural de las campañas en un salón público alquilado por la Iglesia Adventista de Beckley, una ciudad del Estado de Virginia Occidental que tiene una población de 17.200 personas. Aunque sabía poco sobre religión, había oído que los adventistas guardaban el sábado, así que le preguntó a uno de ellos:

–¿Por qué van a la iglesia los sábados?

El hombre sonrió y le respondió:

–El pastor hablará de eso en los seminarios.

Juanita se sintió decepcionada por no recibir una respuesta directa, pero decidió asistir la siguiente noche. El evangelista no mencionó nada sobre el sábado, así que Juanita le preguntó a otra persona al finalizar la reunión, y una vez más recibió una sonrisa y la promesa de que el tema sería discutido en los seminarios.



Juanita Setliff, 67

CÁPSULA INFORMATIVA

- La mayor parte de la población adventista en Virginia Occidental pertenece a la Asociación de Mountain View, que cuenta con 2.303 miembros en 33 iglesias.
- Hay 5.493 iglesias en la División Norteamericana y 1.225.317 adventistas; en un territorio con una población de 360.605.000, lo que quiere decir que en promedio hay un adventista por cada 294 personas.
- La ciudad de Nueva York fue capital de los Estados Unidos durante cinco años, de 1785 a 1790.
- Los ingredientes típicos utilizados en la cocina de los Estados meridionales incluyen los frijoles negros, la oca, el arroz, la berenjena, las semillas de ajonjolí, el sorgo y los melones; y la mayoría de las especias son originales de África. Muchos de los esclavos llevados al sur eran igbos de la ensenada de Biafra, e incluso hoy en día la cocina del sur de los Estados Unidos y la nigeriana tienen muchos sabores y elementos en común.

“Pensé que era un misterio —dice ella—. Sentía curiosidad, y no entendía por qué no me decían”.

También tenía otra razón para regresar a las reuniones. Luego de recibir el panfleto por correo, comenzó a pensar en su futuro. Nunca había leído la Biblia ni tampoco había pensado en bautizarse, pero la idea del Día del Juicio final la asustaba.

Durante las cuatro semanas de reuniones, Juanita recibió una Biblia por su fiel asistencia.

Ansiosa, comenzó a leerla por primera vez y comprobó los versículos citados por el evangelista. Cuando este finalmente habló del sábado, dijo que Dios había apartado el séptimo día durante la creación, en Génesis 2:2 y 3, y volvió a enfatizar su carácter sagrado con el cuarto Mandamiento, en Éxodo 20:8 al 11. Al leer la Biblia, vio también que Jesús había guardado el sábado y que había venido a la Tierra no a destruir la Ley, sino para “magnificar[la] y engrandecerla” (Isa. 42:21).

Así que, aceptó el sábado.

“Comencé a leer la Biblia, y ciertamente eso es lo que ella enseña”, dijo.

Finalmente, Juanita fue bautizada junto a 15 personas más en septiembre de 2016. Las reuniones en Beckley formaban parte de las 35 campañas evangelizadoras organizadas en toda Virginia Occidental con fondos de la ofrenda misionera del decimotercer sábado.

Muchos han notado grandes cambios en la vida de Juanita desde que entregó su corazón a Jesús. Ella ahora tiene 67 años, y ya no usa malas palabras, no bebe, ni visita bares.

“Yo tenía muy mal carácter —asegura ella—. Era terrible. Ahora soy mucho más tranquila. Cuando mi hija dice alguna mala palabra, de inmediato corrige: ‘Oh, disculpa, disculpa’”.

Juanita dice que hay momentos en los que se ha sentido tentada a beber, porque así era como olvidaba su doloroso pasado, pero elegir sabiamente a sus amigos la ha ayudado a alejarse de la bebida.

“Es importante escoger bien con quién nos juntamos —aconseja ella—. Si salimos con personas que toman, al poco tiempo también estaremos tomando”.

A Juanita le gusta pasar tiempo con Jesús, su nuevo mejor Amigo. Gracias por sus ofrendas misioneras, que la ayudaron a conocerlo.